

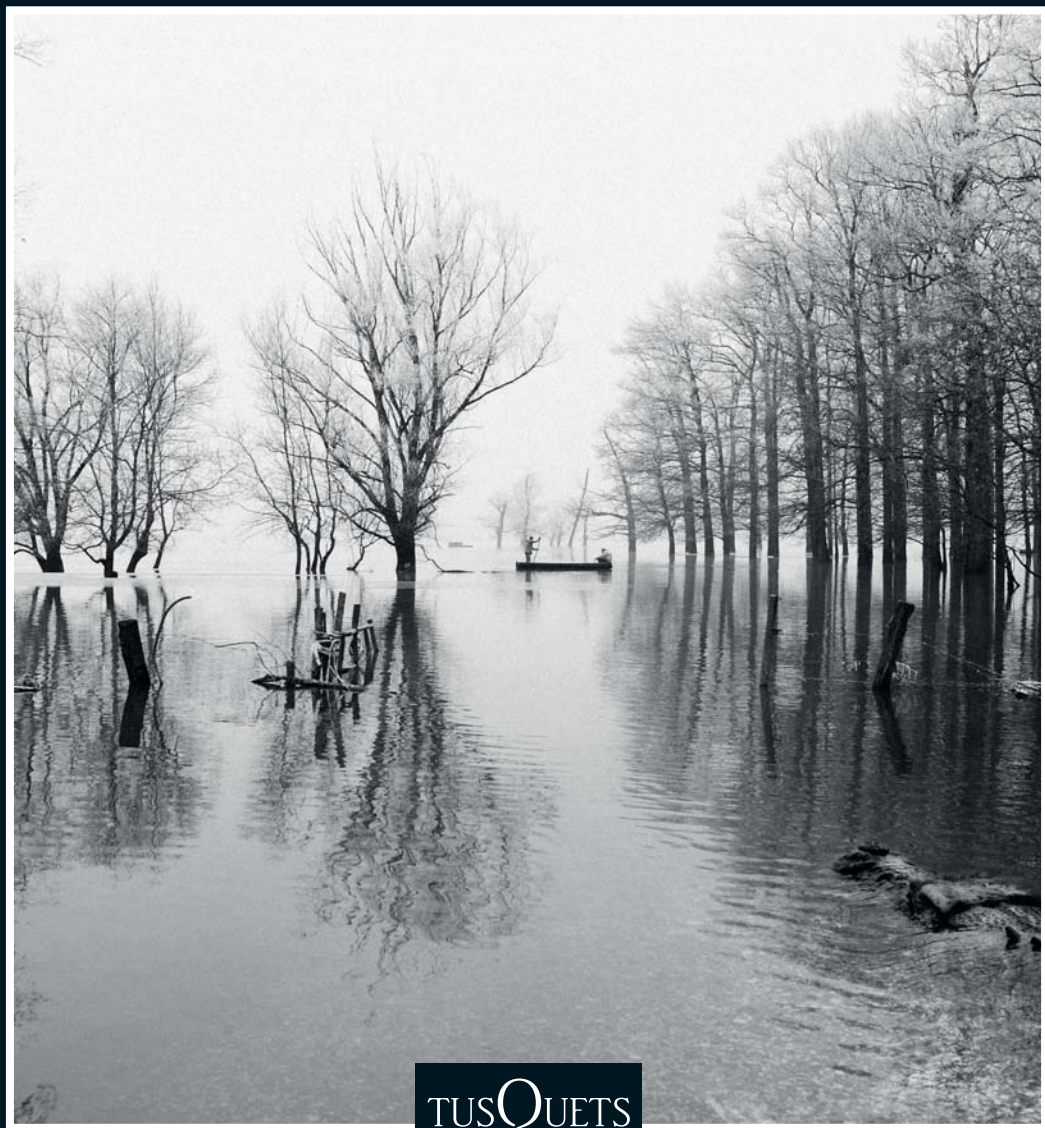
Mariano Quirós

UNA CASA JUNTO AL TRAGADERO

colección andanzas



PREMIO
TUSQUETS
EDITORES DE NOVELA



TUSQUETS
EDITORES

MARIANO QUIRÓS UNA CASA JUNTO AL TRAGADERO

El pasado septiembre de 2017, un jurado integrado por Juan Marsé, en calidad de presidente, Almudena Grandes, Antonio Orejudo, Daniel Ruiz García, ganador de la anterior convocatoria, y Juan Cerezo, en representación de la editorial, otorgó por mayoría a esta obra de Mariano Quirós el XIII Premio Tusquets Editores de Novela.

1.ª edición: noviembre de 2017

© Mariano Quirós, 2017

El Premio Tusquets Editores de Novela ha sido patrocinado por el Fondo Antonio López Lamadrid constituido en la Fundación José Manuel Lara

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-467-4
Depósito legal: B. 24.636-2017
Fotocomposición: Moelmo
Impresión: Liberdúplex, S.L.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

El asunto de los monos	11
Ocupar una casa	21
Los visitantes	29
La Vieja	39
Desde la otra orilla	51
La camioneta de Insúa	61
El Gordo	71
La mamá de Soria	83
En marcha atrás	93
Tragadero	103
Pájaros de la cabeza	113
Insúa en los esteros	127
Tiempo para pensar	139
El asunto de los yacarés	151
Loco	165
El chico de Soria	179
El hastío	189
Una despedida	201
De vuelta en la casa	213
Agradecimientos	229

El asunto de los monos

Agarrado a la rama por los dedos de una pata, el mono comía alguna fruta. Le apunté con la escopeta sin ánimo de tirar, de puro hinchapelotas. Pero justo la India pegó un ladrido y del susto se me resbaló el dedo y acabé apretando el gatillo. El estampido, por inesperado, resultó tremendo.

Al menos tres cosas pasaron entonces: el mono desapareció de mi vista, la India corrió a esconderse y la culata de la escopeta me golpeó el hombro con tal fuerza, que terminé cayendo sobre un montón de hojas muertas. La escopeta cayó junto a mí. Me moví para alzarla y sentí un dolor insoportable. Temí que el golpe me hubiera sacado el hombro de lugar, así que probé movimientos más suaves. Me dolió de nuevo, pero menos que antes.

Me apoyé en el brazo izquierdo para incorporarme. Los huesos me hicieron ruido y solté como un rebuzno. Fui en dirección hacia donde, calculé, había caído el mono. Apareció la India y frotó su cara torcida contra mi pierna. Todavía temblaba la pobre perra.

Encontré al mono a unos siete metros del árbol donde un rato antes comía su fruta. El disparo le había destruido el cráneo. Ahora era un mono sin cabeza. Tuve que ahuyentar a la perra, que a toda costa quería también ella hurgar en el mono. Lo alcé con una mano, la del brazo bueno,

y tanteé su peso: como mucho me serviría para dar gusto a una sopa.

Levanté la vista y distinguí a unos veinte metros, semi-cubierto por los árboles, al chico de Soria. Metido así entre el ramerío tenía la imagen como de una aparición. Nos miramos durante un rato, segundos nomás, los dos quietos, hasta que dio media vuelta y se fue. Seguro que a contarle a su papá que yo andaba, para variar, cazando monos.

La India quiso salirle detrás, pero la cacé justo del cogote y se quedó quieta. Perra de mierda.

Igual, hacía más de un año que yo no cazaba monos. Me venían con planteos, gente de por acá y gente de la ciudad que Soria —el boludo de Soria— llevaba hasta mi casa. Me hacían problema por una cuestión ecológica.

Para llegar a mi casa hay que dejar el auto o la camioneta en el camino y después mandarse por una picada monte adentro. Porque mi casa está apartada de todo. Si no se está acostumbrado a este tipo de marchas, el trayecto se hace penoso. Se nota en la cara de la gente, en el tiempo que se toman para empezar a hablar una vez que llegan, en el sudor y en la agitación. Y si es de tarde, meta sacudirse los jejenes.

Los primeros en venir fueron una chica y otros dos con caras de malandras. Soria los trajo y ellos aplaudieron ahí, delante de la casa. De entrada los escuché, pero quise hacerles esperar, me daba la sensación de que me venían con algo raro. Me quedé nomás donde estaba, sentado en mi silla, y dejé que la India les ladrara. Eran como las once de la mañana. Entre los ladridos de la perra les escuché hablar medio a los gritos. A la chica era a la que mejor se oía.

«Este hombre no está, acá no hay nadie», dijo. Ahí entonces habló Soria: que sí, que yo siempre estaba.

Uno de los varones dijo que había un olor extraño, como a coliflor. Y el otro contestó que no, que a coliflor no, que

era olor a podrido. Ahí se largaron a reír. La chica hizo como un intento por censurarlos, les chistó bajito, pero al final acabó riéndose también ella.

Un poco para calmar la risa empezaron a hablarle a la India. Exageraban el problema de mi perra —la cara y ya todo el cráneo torcidos—, y le decían pobrecita, qué le pasó, pobrecita. La India no es la gran cosa, pero de todos modos sentí que hablándole así —con esas frases tontas, como si le hablaran a un cachorro— se manejaban con imprudencia. Por eso nomás me apuré y abrí la puerta.

Lo repentino de mi aparición hizo que cortaran con la risa y que pusieran caras de susto. La chica dio un saltito hacia atrás y los otros dos quedaron duros.

Soria tampoco se movió, pero lo suyo era distinto. De los cuatro fue el único que quedó así, con su cara de loco de siempre. Por cagón me hacía esas cosas, por no animarse a venir solo.

«Buenos días», medio que gritó uno de los muchachos. Usó un tono de voz recio que, se notaba, no era el suyo. También miró de refilón a sus compañeros, a la chica y al otro, como para cerciorarse que hacía bien al hablarme así.

Saludé con un movimiento de cabeza, como hacen los tipos que son de por acá. Que nacieron y que vivieron siempre por acá, quiero decir. Y como por acá no es mucha la gente que vive, entonces no es mucha la gente que uno se cruza, los lugareños se van ensimismando y acaban por saludarse apenas con señas toscas. Soria era un caso insólito. Ahora estaba como culposo por haber llevado a esos tres hasta mi casa. Se hacía el distraído y miraba para arriba, los ojos achinados apuntando al sol que se colaba por entre las ramas de mis árboles.

Como después del saludo ninguno de sus compañeros dijo más nada, la chica dio un paso adelante —o sea que

recuperó la distancia que había perdido con el saltito atrás— y se presentó. No me acuerdo bien pero creo que dijo un nombre como Sole, o Nati, o alguno de esos. Que eran de una organización, algo de tipo ambiental.

Los miré, a la chica y a sus compañeros, un poquito más atentamente: su desaliño era más bien urbano, no es que hubieran crecido al sol sino que se encontraron con eso —con el sol, con el monte— ya de grandecitos. También yo, pero lo mío era distinto. Usaban zapatos del tipo borcegos, bermudas verdes, tal vez un poco amarronadas, llenas de bolsillos a los costados. Especulé algún tipo de indumentaria oficial o cosa así. Vi además que uno de los muchachos, el que habló primero, tenía una oreja perforada y me dio repulsión.

«Hay vecinos suyos que nos plantearon un problema», dijo la chica, «que usted sale a cazar animales que no está permitido cazar.»

Lo miré a Soria. Él seguía con la mirada para arriba, puesta en los lapachos. Igual, no me lo imaginaba a Soria haciendo un planteo de ese tipo, más bien habría sido alguien del pueblo, algún pelotudo.

Con el arranque de la chica se animaron sus dos compañeros. Usaron palabras complicadas, en el sentido de que daban vueltas para decir lo que habían ido a decir. Por no hablar claro, de frente, se enredaban con sus argumentos, que el equilibrio ambiental, lo que la naturaleza recomienda y aquello que mejor no, y del respeto que hay que tener por las demás especies animales.

«De nosotros depende», dijo el de la oreja perforada, «el futuro del planeta.» «Eso mismo», dijo su compañero, «tenemos que cuidar el planeta porque es el único que tenemos.»

Me dio ganas de preguntarle a Soria por qué llevaba esa gente hasta mi casa, si era por plata o por qué puta. Capaz,

muy probablemente, lo hacía de puro amable, de boludo. Pero no quería abrir la boca, yo, nunca en todos estos años había hablado y no iba a ponerme a decir cosas delante de esta gente.

Asentí unas cuantas veces, como para que los tres estos, y también Soria ya que estaba, se dieran cuenta de que les entendía el argumento. Que no matara más monos, eso era.

Al final se fueron más por las ganas de irse que por alguna contentura, por algún, cómo decirlo, sentimiento de misión cumplida.

Uno de los varones —no el de la oreja perforada, el otro— me tendió la mano. Lo dejé que esperara unos segundos, pensé a ver qué me convenía y por fin, para ya no quedar tan maleducado, le pasé también una mano. La suya, la del muchacho, era delicada, blandita, la mano de alguien que nunca hizo trabajos de en serio. De puro maldito se la apreté con fuerza, como hombre, para verle hacer una mueca de dolor, algo medio ridículo. Pero el chico se la bancó bien, no hizo ninguna cara.

Entre que se daba media vuelta y emprendía la retirada, la chica me dijo que cualquier cosa que necesitara que le dijera a don Soria (ella dijo así, «don Soria»), que él les iba hacer llegar mi pedido.

Que me dejaran de joder, eso podría haberles pedido. Además qué mierda iba andar Soria llevando mis encargos.

Al principio pensé en seguirles la corriente, pero después sentí que no era justo. Lleno de monos, carayá y tití, estaba este monte.

En la semana que siguió nomás ya cacé cuatro, un poco a modo de provocación. El calor —porque fue una semana de calor— medio que abomba a los monos y no les da tiempo de espantarse. Cada estampido de escopeta, en vez

de provocar el escándalo y el quilombo de siempre, los deja duritos, a tiro. Cuando uno les apunta, los monos ponen las manos juntitas, como si de pronto imploraran que no se les tire. Pero no hacen nada más, se quedan así, en pose. Un poco por eso es que se inventan cosas sobre los monos, que da mala suerte matarlos, que con las manos así juntas te maldicen el arma y te maldicen tu familia.

No deberían joder tanto con cuidar a los monos, por lo menos en esta zona, que ya son medio que una plaga. Con levantar la vista se los encuentra, todos amuchados entre los árboles, despiojándose, metiéndose los dedos, esparciéndose mierda.

Si cacé apenas cuatro aquella semana fue porque más ya era una exageración.

Metí los cuerpos en una arpillera y los llevé hasta mi casa. Con el machete les corté las cabezas y después los despellejé. El olor del mono, antes de limpiarlo, es muy penetrante, como olor a bosta quemada. Después armé unas picas con ramas duras y clavé ahí las cuatro cabezas —o lo que quedaba de las cabezas, porque la verdad es que siempre fui medio bruto al manipular esos cuerpos, y entre el balazo de escopeta y mi toqueteo, un poco se desgarraban—, las incrusté de manera que se vieran amenazantes. Coloqué las picas en el frente de mi casa, clavadas en la tierra, dos en una esquina y las otras dos en la otra. Causaban mala impresión las caras de los monos, eran como caras de gente enloquecida, con los ojos y las bocas medio abiertos. Las imaginé haciendo de barrera a los lugareños, que son hombres supersticiosos, y también a los de la ciudad, que son cagones y delicados. Así no me iban a joder, no iban a querer acercarse.

Habrá pasado cosa de un mes —las cabezas de los monos ya se habían podrido y ya las había yo quitado de las

picas—, cuando me cayó de nuevo Soria, ahora con otros tipos, no ya los tres pajeros de la vez anterior. Estos eran dos hombres mayores y daban la impresión de ser, por lo menos, gente más seria. Entre otras cosas no les temblaba la voz. Y se vestían menos ridículo.

Uno era un gringo de los nacidos en el interior del Chaco, los ojos apenas abiertos y rosado como un borracho. Cuando salí a recibirlos, el gringo este tenía a la India panza arriba. Le acariciaba las tetas de una manera que ya era medio obscena.

Su compañero —de quien recuerdo, no sé por qué, el nombre: Leiva— era en cambio morochón, morrudito y con pinta de buscar pelea.

El tema es que al final, y aunque de una manera como más ordenada, y más elegante también, terminaron repitiendo el discurso de los otros.

Y como yo, igual que la vez anterior, me quedaba callado, uno —Leiva— medio que me amenazó: que matar monos, dijo —y eso me gustó, que hablara de monos y no me dé vueltas con el planeta y los animales en peligro—, que matar monos era un delito.

«Bien puede alimentarse con otra cosa», dijo. «Pareciera que usted caza de puro dañino.»

Me cayó bien que no me tuteara. Pero me seguía jodiendo lo de Soria. Para colmo, ahora como que se animaba a reírse un poco. Hacía gestos de satisfacción ante cada cosa que pronunciaba el tipo este Leiva. Me daba ganas de saltarle encima por venir a hacerse el vivo, pero me la banqué.

«Sabemos que entiende», dijo Leiva, «sabe lo que puede pasarle si sigue jodiendo.»

Me sentí acalorado por la bronca y, para no hacerme mala sangre, para no mandarme una cagada, me distraje mi-

rando el correteo de una de mis gallinas. Parecía excitada de tener otra gente cerca, como si quisiera hacerse ver. Le di una patada al aire, cosa de levantar algo de tierra y que, de paso, la gallina se saliera del medio. Los tipos se asustaron con mi reacción, porque medio que quisieron ponerse en guardia. Aproveché el susto, el punto a mi favor, y los señalé con el dedo. Del cuerpo de Leiva, pasé a apuntar el dedo al cuerpo del gringo. Por ahí, me dije, se imaginaban algún tipo de maldición en mi gesto y se les iban las ganas de estar en mi terreno.

También la India se puso nerviosa. Le hice señas para que se metiera adentro de la casa y, para no terminar mal con estos tipos —y con Soria—, les cambié el gesto del dedo por un saludo, algo como un son de paz pero a la inversa, porque yo estaba en mi casa y ellos tenían que irse yendo. Después entré.

Me senté en mi silla y me quedé ahí tranquilo, con la perra haciendo guardia a mis piernas. Tardaron todavía otro rato en irse. Dieron vueltas por el terreno. Habrán inspeccionado entre mis gallinas y entre los enseres que dejo tirados por ahí. Más tarde me fijé y, más que algún desorden que capaz ya estaba de antes, vi que no habían tocado nada.

Desde entonces —y hasta ahora que la India me hizo escapar un tiro— que no cazaba. Pero por las dudas, supongo yo, Soria siguió trayendo gente hasta mi casa. Dos veces más, por lo menos, después del gringo y del Leiva. Ya no le abrí más, dejé que la India ladrara como una loca hasta cansarlos.

Una de aquellas veces me vino con vecinos, gente del pueblo que yo tenía vista de antes, de andar por ahí, quiero decir. Como yo no abría, gritaban:

«Mudo, ya sabemos que está adentro», «Mudo, deje de hacerse el gil».

La última vez, salvo a Soria, ya no reconocí a la gente. Aplaudieron frente a la puerta un rato largo. Pero yo estaba afuera, recién venido del río. Me quedé medio metido entre unos árboles y dejé que se cansaran. Se veía de todos modos que ya venían cansados, que no iban a insistir mucho. Uno —un tipo con pinta de modosito, más como los pavotes que vinieron primero que como el gringo y el Leiva— se apoyó en una pared y al toque nomás se volvió a parar derecho. Como si la pared le hubiera dado electricidad. Pero en realidad fue que le molestó la tierra que se le pegó en la mano, porque se la restregó por el pantalón, como limpiándose y con cara de asco. Al ratito, y como yo había previsto, empezaron a irse.

Así pienso yo que se habrá dado cuenta, toda esta gente, que ya no había por qué joderme. El mismo Soria ya lo habría entendido. Como él —como yo entiendo que era él—, yo también buscaba vivir en paz, tranquilo.

Pero ahora su hijo le estaría contando todo. Diciéndole que otra vez andaba yo detrás de los monos. De seguro en cuestión de días iba a tener de vuelta la visita de algún hinchapelotas. No quería, pero me agarraba una ansiedad de pensar nomás que me vinieran a decir algo.

Miré el cuerpo del mono: era flaquito, podía ser que estuviera enfermo. Con el cuchillo le fui separando la piel de la carne, un trabajo delicado y hasta un poco ingrato. Olí la carne, en profundidad la olí, porque no quería cazarme alguna infección por consumir carne enferma. No sentí nada raro, pero por las dudas pensé en darle más tiempo de cocción, cosa de sacarle cualquier impureza escondida.

De tan pequeño, el mono se me escurría y me ensuciaba de sangre, grasa y tripas. El cuchillo pasaba de largo y dos veces casi acabo cortándome a mí mismo por lo resbaloso del cuerpo.

La India, que seguía el procedimiento como si comprendiera cada paso, se llevaba los pedacitos de piel desgarrada, no sé decir si para comerlos o para enterrarlos junto con los huesos que le dejó cuando me hago algún asado. O para joder nomás.

Encendí el quemador y puse agua a hervir. No tenía nada de hambre, por el enojo que me iba agarrando con el asunto de Soria, pero igual me iba a cocinar una sopa o algo tipo un guiso.

Me estaba lavando, a mí y a mi ropa —la camisa se me había engrasado que daba asco—, cuando oí los ruidos que hacían los pendejos. Me quedé quieto, para escuchar mejor y para captar el origen. Eran ruidos de autos, de gritos y de música, como ruidos de joda.

Iba oscureciendo, serían cerca de las siete de la noche. Saqué el agua del fuego y traté de hacer puro silencio. Le chisté a la India para que se calmara. Sabe la perra que cuando me pongo así, como a la expectativa, es porque puede pasar algo.

Paré la oreja y distinguí: del río venía el ruido, de la orilla de enfrente.